

Dirigímonos, pues, á su coche, y ya ponía yo el pié en el estribo para subir á él, cuando me senti detenido por unos robustos brazos, y oí que una voz, nada española por el acento, me decia en español estas palabras:

—¿Cómo estás?

Me volví, y á la incierta luz de la luna y del alumbrado público, me encontré con un extraño personaje, elegantemente vestido de negro, alto y fuerte como un Sanson, moreno hasta rayar en mulato, y cuyos ojos de león, cuyos dientes de marfil y cuya hermosa barba, azulada como las plumas del cuervo, recordaba yo haber visto en otra parte.

—¿Y Caballero? ¿No venir contigo? continuó preguntándome aquel hombre, con una espresion de cariño, de inocencia y de bondad en la mirada y en la risa, que contrastaba vivamente con su formidable figura.

—¿Jussuf! ¿Eres tú? exclamé yo entonces reconociéndole.

—Sí, sí... yo soy Jussuf, respondió mi aparecido con una alegría infantil.

Imaginaos mi sorpresa.—Jussuf era un marroquí de pura sangre, que habia yo conocido en Africa, donde vestia jaique, turbante y babuchas.—Durante la tregua que medió entre la batalla de Tetuan y la de Vad-ras, aquel moro, que nos habia combatido hasta entonces como una fiera, vino, como otros varios, á nuestro campamento; se aficionó á nuestras costumbres; intimó mucho con mi amigo don José del Saz Caballero (por quien acababa de preguntarme); vivió en su tienda; declaróse neutral en la última batalla, y allá me lo dejé cuando abandoné el ejército.

En cuanto al resto de su historia, él mismo se apresuró á contármelo, resultando de todo, que Caballero se lo habia traído á Europa en calidad de picador; que habia recorrido con él toda España, toda Francia y toda Suiza; que en España habia hablado á la reina; que en el *Mont-Blanc*,—donde se hallaba, vestido todavía de moro, cuando lo visitaron los emperadores franceses,—habia conversado con Napoleon y Eugenia; que en virtud de estos antecedentes, habia solicitado de su amo (él decia de su amigo), que le vistiese á la europea; que esto tuvo lugar en Milan hace pocos días; que con aquel traje y su hermosura mora era el rey de todas las doncellas y criadas de los hoteles en que iba á parar; que Caballero se habia separado de él hacia dos semanas, y debia llegar á Turin de un momento á otro; que él conocia ya la capital del Piamonte como si hubiera nacido en ella, y que vivia en el mismo hotel á que nosotros nos dirigíamos; que nos serviria de cicerone y nos diria dónde estaban el gobierno de España, (la legacion española,) el teatro, el paseo, el café y cuanto pudiéramos desear; y en fin, que se encontraba muy aburrido sin Caballero; pero que ya empezaba á hablar el francés y el italiano, y se hacia entender de todo el mundo.

Esta relacion, dicha medio en español, medio en árabe, y salpicada de algunas frases francesas ó italianas, nos entretuvo desde la estación hasta el hotel.

Yo reparé, sin embargo, que habiamos pasado por hermosísimas calles, todas rectas y profusamente alumbradas, llenas de gente, de carruajes y de tiendas, y que el *Hotel de Europa*, en cuyo patio penetró el coche y donde escribo

estas líneas, se halla situado en una estensa plaza, rodeada de arcadas ó portales como la plaza Mayor de Madrid.

La impresion que hasta ahora me ha hecho la capital del Piamonte es sumamente favorable.—Todo lo que he observado en ella desde la estación del ferrocarril hasta mi aposento, revela una gran riqueza pública, una refinada civilización, y un notable espíritu de orden en todas las cosas.—Los empleados del ferrocarril y los del hotel no ceden en serviciales y atentos á los franceses, pero son menos charlatanes.

Para concluir por hoy, os diré que cuando ahora poco cenábamos en el comedor (que es un vasto salon, verdaderamente regio), hemos visto cruzar por él una elegantísima dama, de singular hermosura, coronada de flores y envuelta en un lujoso capuchon blanco, la cual iba precedida de un criado con luces y seguida de un lacayo muy compuesto.

Era una duquesa florentina que volvia del teatro, y cuya habitacion se halla debajo de la nuestra.

Yo me inclino á creer que la aparicion de esta beldad aristocrática en semejante momento,—cuando llevamos tantos dias de rodar por valles y montes, lejos de los artificiales encantos de la sociedad,—habrá contribuido en gran parte á hacerme ver ó adivinar á Turin al través de un prisma tan optimista y lisonjero.—¡Es tan fácil de engañar nuestra loca imaginacion!

Como quiera que sea, ya solo debemos pensar en acostarnos.—¡Harto hemos visto y pensado durante el larguísimo dia que terminará dentro de pocos minutos!

Hace diez y ocho horas que despertábamos en Baveno...—Desde entonces... ¡Cuántas y cuán varias emociones!...

El *Lago Mayor*, reverberando un sol de fuego, que ahora alumbra á los antipodas... la misa y el almuerzo en las *Islas Borromeas*... la ribera lombarda... nuestra permanencia en *Stresa*... nuestra detencion en *Arona*... la estatua de *San Carlos*... el *Tessino*... el café de *Novara*... el horizonte de *Magenta* esclarecido por la luna... *Vercelli*... el *Po*... nuestra llegada á Turin... ¡cuántas y cuántas cosas en un solo dia!—¡A mí me parece que ha pasado un mes desde que amaneció hasta ahora!

Pero hagamos punto redondo; demos al olvido todo lo que hemos visto hoy, y durmámonos pensando en lo que hemos de ver mañana.

II.

Turin.—Resumen de su historia.—Un paseo por la ciudad.—Emmanuel Filiberto de Saboya.—El Palacio Real por dentro.—Turin á vista de pájaro.—Las inglesas de Martigni.—Una ópera en Italia.—Jussuf.

Turin, 22 de octubre.

Mi primer cuidado esta mañana,—no bien Dios y su profeta Morfeo me permitieron abrir los ojos,—fue hacerme traer una Guia y un plano de Turin.

Con auxilio del plano y algunas esplicaciones de Jussuf, me enteré en un momento de la estructura y orientacion de la ciudad, asi como del lugar en que yo me hallaba y de los caminos que debia seguir para regularizar mis escursiones. —Averigüe, pues, antes de tener el gusto de verlo por mi mismo, que habia pasado la noche en el centro de Turin; que mis balcones daban á su plaza principal (la *Piazza Castello*); y que á pocos pasos de ella se encontraban los edificios públicos y monumentos mas curiosos que la corte de Victor Manuel ofrece al caminante.

En la *Guía* aprendí que Turin se halla situado á doscientos treinta metros sobre el nivel del mar:

Que hace cincuenta años solo encerraba 65,000 almas; pero que hoy la poblacion pasa de 160,000 idem,

Y que entre ellas hay 1,200 protestantes, y sobre unas 2,000 y tantas judías. (De los *cuervos* no dice nada el autor, sin duda por no incluir en una misma cifra á los vivos, á los muertos y á los irracionales.)

La *Guía* me recordó en seguida que Turin se llama Turin porque la fundaron los *taurinos*, como el Piamonte se llama Piamonte por hallarse al pié de los Alpes (*Pie-di-monte* en italiano):

Que Anibal la destruyó, porque no quiso aliarse con él en contra de los romanos:

Que César la conquistó (sin duda en recompensa), llamándola *Colonia Julia*... lo cual no acredita de modesto al héroe de Farsalia;

Pero que despues se denominó *Colonia Augusta Taurinorum*, —frase ruidosa y vana, que revela dos debilidades:

Que luego cayó en poder de los *lombardos*, —á los que no hay que confundir con los lombardos de hoy, por mas que éstos les deban su nombre y la levadura de su sangre; pues aquellos eran unos germanos (que es como quien dice *alemanes... ¡tedeschi!*) recién llegaditos de su país:

Que andando los tiempos, Carlo Magno la libró de aquella gente y se la guardó para sí, dándola á los señores de Susa, feudatarios de su imperio:

Que en el siglo XI esta desventuradísima Turin fué á parar por herencia á manos de un nuevo amo, es á saber: del duque de Saboya, —de lo que se acaba de vengar el Piamonte, regalando la Saboya á los franceses...!

Que en 1418, la tan llevada y traída ciudad empezó á ser capital de uno y otro Estado:

Que despues se apoderó de ella la Francia:

Que Enmanuel Filiberto de Saboya entró al servicio de Carlos V, y le sirvió de tal manera contra el enemigo comun, que mereció ser repuesto al frente de sus Estados:

Que, en 1675, Turin empezó á ser capital de un reino, por haber tomado los duques de Saboya el título de *Reyes de Cerdeña*:

Que la tal capital hubo todavía de serlo de una provincia bajo la república francesa y durante el imperio del primer Napoleon:

Que, en 1815, el congreso de Viena, —sin saber lo que se hacia, —la restituyó á la casa de Saboya, aumentando sus dominios con la que fue en un tiempo república de Génova, y que desde entonces el reino que Turin preside tomó la denominacion de *Estados Sardos*:

(Y aun no habia de ser esta su última denominacion, ni nadie puede asegurar que conserve mucho tiempo la que acaba de darse.)



El conde de Cavour.

Que el rey Carlos Alberto dijo un dia: *La Italia farà da se...* (y ya hemos visto lo que *la Italia ha hecho de sí*, segun afirman unos, ó lo que el Piamonte *ha hecho de la Italia*, segun pretenden otros):

Que hasta hace pocos años, el idioma oficial y popular de Turin era el francés, y que solo se empezó á legislar y hablar en italiano cuando el dicho Carlos Alberto dió el *Estatuto* y empezó á acariciar la idea de Napoleon I de hacer un solo reino con toda la Italia, idea que ha tenido sus apóstoles, sus mártires y sus guerreros desde épocas muy remotas...

Y qué...

Pero lo demás que lei en la *Guía*, y hasta lo que la *Guía* ignoraba, lo sabeis vosotros por los periódicos.

Levantéme, pues, y me eché á la calle, ó por mejor decir, salí á la plaza.

La *piazza Castello* es el punto céntrico de Turin; tiene 225 metros de longitud por 166 de anchura, y debe su nombre á un castillo ó palacio que se levanta en medio de ella.

Los edificios que determinan tan vasto cuadrilongo son altos y bellos, iguales todos por los lados del Sur, de Oriente y de Poniente, y levantados sobre elegantes pórticos, que forman tres hermosas galerías llenas de tiendas á derecha é izquierda, por en medio de las cuales circula incesantemente una apretada muchedumbre.

El lado del Norte lo ocupan una gran verja (que da entrada á otra plaza mas pequeña, en cuyo fondo se levanta el *Palacio Real*), los ministerios de Estado, de la Guerra, de Marina y de Hacienda, y la direccion de artillería y de fortificaciones.

Al fin de la galería del Este se halla el *Teatro Regio*, que no tiene fachada, y que, dicho sea de paso, no se abre hasta la Pascua de Navidad,—época en que principia lo que aquí se llama el *Carnavalone*, ó sea la verdadera temporada lírica, durante la cual da sus grandes bailes la aristocracia.

El edificio que, segun hemos indicado, se levanta en medio de la *Piazza Castello*, se llama ahora *il Palazzo Madama* (antes *le Palais Madame*) y debe su nombre á la circunstancia de haberlo vivido y restaurado la madre de Amadeo II, denominada generalmente *Madame Reale*, como todas las reinas madres del Piamonte.

Este palacio es antiquísimo, de noble arquitectura (á pesar de habersele quitado en gran parte su carácter de la Edad Media para darle el del Renacimiento), fortificado por recias torres en su lado oriental, y residencia hoy del Senado, de la Policía y del Museo de Pinturas,—que visitaremos cuanto antes.

En resumen, la *Piazza Castello* es digna de una gran capital. Sus vastas dimensiones, la noble regularidad de sus edificios, la severidad de sus pórticos (*i Portici*), donde se dan cita por las mañanas los elegantes desocupados de Turin para ver pasar á las damas que van á compras, y sobre todo, el venerable aspecto del *Palais Madame*, campeando solo en medio de la estensa planicie, como un monumento, como una ejecutoria, como recuerdo histórico, sorprenden agradablemente al viajero, disponiendo su ánimo en favor del pequeño estado que se supo crear una tan decorosa metrópoli.

Las principales calles de Turin arrancan de la *Piazza Castello*.

Estas calles, que son las del *Po* (*Via di Po*), la de *Dora Grossa* y la *Via Nuova*, corren en línea recta hasta los confines de la ciudad, pasando por plazas no menos bellas que la que acabo de describir.

La *Via di Po*, que indudablemente es la mas hermosa, tiene diez y ocho metros y medio de anchura, y una galería de pórticos á cada lado.

Al término de ella se divisa la *Piazza Vittorio Emanuele*, (una de las mas espaciosas del mundo,) las riberas y el puente del *Po*, y una verde colina que cierra el horizonte.

Como yo habia de subir esta tarde á aquella colina, desde donde se ve á Turin á vista de pájaro, dejé para entonces el recorrer la parte meridional de la ciudad, y girando por la *Piazza Castello*, me asomé á la embocadura de otra calle.

Aquella era de la de *Dora Grossa*, cuya longitud pasa de un kilómetro.

Al fin de ella se distingue la *Piazza dello Statuto*; despues una alameda, detrás un campo que se eleva gradualmente, y allá en lo último, las nevadas cumbres del *Mont-Cenis* y del *Mont-Genèvre*, levantándose muy por encima de la desembocadura de la calle, como una decoracion de teatro.

Tampoco entraba en mi plan dirigirme por aquel lado, y seguí dando la vuelta á la plaza hasta llegar á la embocadura de la *Via Nuova*.

La *Via Nuova* ofrece un golpe de vista que no cede en hermosura á las dos que hemos señalado.

Es tambien recta y ancha, y termina en una soberbia plaza (*Piazza San Carlo*), en medio de la cual se levanta una airosa estatua ecuestre.

Al otro lado de la plaza, continúa la calle con el nombre de *Via di Porta Nuova*, de modo que la estatua, en vez de destacarse contra un muro, campea en el espacio de aquella otra larga vía, que por su parte va á terminar en la magnífica plaza de *Carlo Felice*, plantada de árboles, detrás de los cuales asoma el embarcadero del camino de hierro.

Esta sucesion de plazas y calles, cuyo límite definitivo es la conjuncion aparente del verde campo y del cielo azul, presenta un aspecto magestuoso, muy superior á la decantada vista de la calle de la Paz, la columna Vendome y la calle de Castiglione de Paris.

Bajando, pues, por la *Via Nuova*, llegué á la *Piazza San Carlo* y al pié de aquella estatua ecuestre que tan airosa me habia parecido desde lejos.

La *Piazza San Carlo* es para mi gusto la mas bella de Turin.

Los edificios que la forman no son ya notables solamente por su tamaño y su regularidad, sino tambien por su noble arquitectura y conjunto armonioso.

Las alas laterales son dos estensos palacios, levantados sobre amplios pórticos mucho mas artisticos que los de la *Piazza Castello*.

El ala del Sur,—partida, como hemos dicho, por la *Via di Porta Nuova*,—esta ocupada por dos iglesias: la de *San Carlos* y la de *Santa Cristina*.

Al principio y al fin de la plaza, entran en ella simétricamente, aislando los dos palacios citados, cuatro calles transversales, por las que se descubren tambien, ora el *Po*, ora otras plazas, ora las campiñas y los montes.

Todo esto se esplica por la regularísima planta de Turin, cuyas calles todas, tiradas rigurosamente á cordel, se cortan en ángulos rectos, cual si la capital entera hubiera sido hecha de una vez como se hace un solo edificio.

Y la verdad es esta.—La capital del Piamonte, arrasada varias veces por

los conquistadores, y una de ellas, al principio del siglo pasado, es hoy la corte más moderna de Europa, por más que se levante sobre cimientos tan antiguos.

El empedrado es uno de los mejores que yo he visto en parte alguna, no solo por su disposición, sino por la calidad de la piedra, la cual, al decir de los inteligentes, es por lo general tan rica, que si se la pulimentase, podría servir para adorno interior de alcázares y templos.—Aparte de los pórticos, que tanto abundan en Turín, y que protegen al transeunte contra el sol del verano y las nieves del invierno, las calles tienen aceras, y además una especie de carril (y hasta dos, en las muy anchas) trazado con una doble hilera de losas, á fin de marcar su derrotero á los coches.

En cuanto á las casas, todas son buenas, sin que haya ninguna extraordinariamente hermosa.

El carácter especial de la población consiste principalmente en esto.

Yo no he encontrado en toda ella (ni en los barrios más apartados) una sola casucha de esas que sirven de compensación en París y Londres á sus grandes hoteles y suntuosos palacios; como tampoco me ha llamado fuertemente la atención hotel ni palacio alguno.

Esta monotonía no será pintoresca; pero es agradable en otro sentido.—En Turín son tan raros los pobres de solemnidad como los Cresos y los Midas.

Pero me he adelantado á los sucesos y os estoy dando cuenta de observaciones que hice más tarde.

Decíamos que llegué al pié de la estatua ecuestre que decora la plaza de San Carlos.

El jinete de bronce que envaina allí su espada con la más noble ufanía, representa á un hombre tan venerado en España como en Cerdeña, y á quien los españoles debemos tanto amor y gratitud como sus compatriotas, siendo de lamentar que no se nos haya ocurrido antes que á ellos la idea de levantar monumentos en su honor.

Aquel jinete representa al insigne general *Enmanuel Filiberto de Saboya*, apellidado *Cabeza de hierro*, quien desposeído de sus Estados por los franceses, entró al servicio de Carlos V, y después al de Felipe II, cabiéndole la gloria de haber mandado á los españoles en la batalla de San Quintín.—Allí derrotó completamente á nuestros enemigos, que también eran los suyos; y esta victoria y otros memorables hechos de armas, que eternizaron la memoria del *ilustre saboyano*, como le nombra Mariana, produjeron la paz de Chateau-Cambrésis, tan ventajosa para la política de Felipe II, y en la cual se le devolvieron á Filiberto sus Estados, que él solo, con su propio esfuerzo, había sabido redimir de la dominación extranjera.

Ahora comprendereis la feliz idea que ha tenido el escultor al representar á *Enmanuel* en ademán de envainar la espada después de haber concluido una paz tan gloriosa.

Por eso dice la inscripción del pedestal, que Carlos Alberto dedicó aquel monumento *al vencedor y salvador de su familia*.

Aparte de todas estas consideraciones, yo he encontrado sumamente bella aquella estatua como simple obra de arte.

En el pedestal hay dos bajo-relieves, de los cuales uno representa la *Batalla de San Quintín* y el otro la *Paz de Chateau-Cambrésis*.

La figura del guerrero está llena de vida y magestad, á pesar de lo violento de su actitud, y traduce perfectamente la bien sentida inspiración de su autor el famoso *Marochetti*.

La armadura está copiada de la que usó Filiberto.

Ya la veremos en el *Museo de armas*.

De la *Piazza San Carlo* me fuí al Palacio real.

Según os he dicho antes, una alta verja de hierro sirve de entrada á la plaza que lo precede.

Sobre los pilares que hay en medio de esta verja véanse dos grupos de caballos de bronce, más buenos ó más malos, pero que son allí de un gran efecto.

El palacio es de ladrillos, que están al descubierto; pues la fachada no ha sido aun revestida ni tan siquiera revocada; todo lo cual, como supondreis fácilmente, le da un aire tan pobre é insignificante que nadie lo tomaría por la morada de un rey.

Por dentro es otra cosa. Desde que se entra en el peristilo, empiezan á llamar la atención las grandiosas y bien concertadas proporciones del edificio y el lujo con que se halla decorado.

Cerca de la escalera véase en una gran hornacina la estatua ecuestre de Víctor Amadeo I, primer rey de Cerdeña.—La estatua es de bronce y el caballo de mármol blanco, sirviéndole de palafreneros dos esclavos bastante bien esculpidos.

Mientras subía la ancha escalera, esperí un raro momento; que no acerté á discernir si era tristeza ó miedo, al considerar que el en otro tiempo pacífico habitante de aquella soberbia morada, hallábase en lejanas tierras al frente de su ejército, comprometido en una audaz empresa, en que jugaba el todo por el todo; anatematizado y maldecido por clases enteras de la sociedad; mirado con odio por fortísimas potencias, que acechaban el momento de aniquilarle; vencedor afortunado, pero que no dispondría nunca de un solo instante de reposo en que saborear sus triunfos; instrumento fatal, elegido por la revolución para dar el asalto á la autoridad temporal de la Iglesia, combatida y cercada hace tanto tiempo; mantenedor, en fin, de la noble y levantada idea de unificar la Italia, librándola de la opresión extranjera; de príncipes desnaturalizados, que conspiraban contra sus propios súbditos, y de gobiernos parricidas, que atentaban á la madre patria.

¡Oh! ¡sí! Al recorrer aquel palacio desierto causábame espanto la tremenda posición en que una generosa idea, prematura ó torpemente manifestada, había colocado al héroe de Palestro y San Martino, á aquel hombre á quien todos saludábamos con entusiasta admiración cuando juraba no visitar el sepulcro de su padre hasta vengar su muerte y el desastre que la produjo; cuando enviaba á la Crimea aquel puñado de valientes que tanta gloria alcanzó á las orillas del

Tchernaiá, y cuando Milan lo aclamaba su rey despues de la batalla de Magenta.

Pero yo no he venido á Italia á proclamar mis opiniones, si es que tengo algunas; yo he venido á observar y referir...

Os diré, pues, que el palacio del rey de Italia se hallaba todo revuelto y desordenado, á causa de estarse enviando á Nápoles algunos de sus muebles, y por haberse ya empezado á preparar las habitaciones para el invierno.

Llamáronme, sin embargo; la atencion, por su magnificencia y por otras consideraciones, primeramente: el salon del trono (donde hacia poco tiempo habian tenido lugar solemnísimas ceremonias y resonado importantes mensajes y discursos, con motivo de las anexiones de Parma, Módena, Toscana y parte de los Estados Pontificios), y despues, la sala del consejo, donde el rey habia tratado con sus ministros todas aquellas cosas que nosotros leíamos con tanto afán en los periódicos á medida que sucedian.

La mesa redonda, que se ve en medio de aquel aposento, cubierta con un tapete verde, y rodeada de ocho ó diez sillones, entre los que sobresale el destinado al rey, pudiera contar conversaciones muy curiosas.—Figuraos que lleva veinte años de asistir al Consejo de Ministros!—Allí dijo Carlos Alberto la primera palabra de esta revolucion que hoy ha tomado tanto cuerpo.—Allí dirá acaso la última el monarca *galantuomo*.

En una magnífica estancia me mostraron la cama en que falleció la madre de Victor Manuel; y en un reducido gabinete, la trampa ó escotillon con que bajaban al jardín á su esposa, la encantadora María Adelaida, que como sabreis acaso, murió de consuncion hace poco tiempo.

Y la he llamado encantadora, porque tal me ha parecido en los muchos retratos suyos que he visto en el palacio; porque la fama lo afirma tambien así, y sobre todo, porque los piemonteses, que no pecan de místicos, la tienen en opinion de Santa.

Pero lo que mas me ha chocado en esta regia morada ha sido el aposento que habitaba ordinariamente la princesa Clotilde, hija de Victor Manuel, casada hoy con el príncipe Napoleon.

Escusado es decir que la princesa Clotilde tenia designado en el palacio un vasto departamento, compuesto de tantos salones y gabinetes cuantos son los ordinarios usos de la vida,—gabinetes y salones á cual mas espacioso y magnífico... Pero como no por ser reyes ó príncipes se tiene mas de un cuerpo ni mas de un alma (y gracias si la que se tiene vale algo), resulta que aquella jóven se procuró una especie de nido en la fria soledad de su vivienda, ó por decir mejor, se hizo una casa proporcionada á su mortal persona.

¿Y qué lugar creereis que eligió?

Voy á deciroslo, no sin suplicaros que me creáis.

Los muros del palacio son espesísimos, y los balcones muy grandes; de aquí resulta que cada hueco de aquellos tiene unas tres varas de largo por cuatro de ancho y como seis de altura. Las cortinas interiores dejan aislados estos pedazos de terreno.

Ahora bien, la princesa empezó por huir del salon al gabinete; luego huyó del gabinete á la alcoba; despues se refugió en el tocador; del tocador pasó al cuarto del baño, y encontrándolo todavía demasiado grande para una persona sola, demasiado alto de techo, demasiado mudo y solo, se escondió detrás de una cortina y fijó su residencia en el hueco de un balcon.

Allí hizo poner un divan, un taburete, una mesa, un pequeñísimo estante con una biblioteca en miniatura, dos jarros de flores, un recado de escribir, una jaula con un ruiseñor, un costurero, los retratos de su familia, un espejo en que retratarse ella, un reloj, una lámpara y otras muchas cosas que no recuerdo.

Victor Manuel,—en quien todos reconocen, como sentimiento dominante, los afectos de familia,—no ha querido que se cambie cosa alguna en este singular aposento, que le recuerda á su hija ausente, y que á mí me ha dado ocasion esta mañana para discurrir cuanto me ha parecido, acerca de la condicion humana, de las vanidades de la vida, de lo verdadero y de lo falso; de lo que pensarán los reyes cuando están á solas con su propia humanidad; de lo necesario y de lo supérfluo; de lo finito y de lo infinito; de la insuficiencia de los sentidos para complacer á la imaginacion; de lo limitada que es la vida y de lo ilimitado que es el deseo; de la impenetrabilidad de los instantes, ó sea de la imposibilidad de vivir dos veces á un tiempo mismo; de la implacable marcha del tiempo, que no sale de su paso por nada ni por nadie; de la fatal precision de dormir, de lo que fuera un hombre *ubiquo*; de las diferencias que hay entre la nada y lo pasado, y entre lo pasado y lo futuro; de las fuerzas escedentes ó sobrantes del alma; de nuestra loca aspiracion á una nocion absoluta; de los afanes gratuitos ó injustificados de la imaginacion; de la máxima profundísima: *Ignoti nulla cupido...* y de otras muchas elucubraciones que aun me bullen en la mente; pero que me fuera imposible representar por medio de palabras.

Porque esta es la verdad.—Nosotros no sabemos lo que sabemos; nosotros no nos damos cuenta de lo que pensamos; nosotros no nos oímos...

Nosce te ipsum (¡conócete!) decia un filósofo...

¡Yo lo creo imposible!—Por mas atencion que presto á las voces de mi alma, no acierto á percibir sino muy pocas, y esas confusamente.

El que muere abrasado por un rayo, no ve el rayo, ni lo siente siquiera, ni se da cuenta de la novedad que le ha ocurrido...

Pues casi lo mismo, aunque en sentido inverso, acontece con ciertas ideas que pasan por nosotros sin que las veamos, y de las cuales solo sabemos *que pasaron ya*.

¿No habeis formado alguna noche el necio empeño de saber cuando os dormís, de tener conciencia de vuestra última idea, y de poder deciros: *todavía estoy despierto...*—*ya no lo estoy?*

Pues tan necio fuera empeñarnos en saber algunas cosas de las que pensamos despiertos.

Yo diría que nuestro pensamiento es una bola maciza de oro puro, de la